

EDUARDO ORTEGA DE LA TORRE \*

## VAYO, PIONERO DEL ROMANTICISMO LIBERAL

### RESUMEN

Estanislao de Cosca Vayo fue uno de los primeros escritores románticos en Valencia. Este artículo es una aproximación a su vida y su trabajo, y especialmente a la novela *Voyleano o la exaltación de las pasiones*.

### ABSTRACT

Estanislao de Cosca Vayo was one of the first romantic writers in Valencia. This paper is an approximation to his life and his work, especially to the novel *Voyleano o la exaltación de las pasiones*.

El acontecimiento literario del año 1827 en Valencia fue la aparición de la novela *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, editada por Ildefonso Monpié. Su autor era un joven de 23 años, Estanislao de Cosca Vayo.

Pese a las pocas huellas de su trayectoria, su figura centró tanto la producción artística como las controversias de la llamada Academia de Apolo, formada por la mayor parte de los intelectuales valencianos que habían sobrevivido a la contrarrevolución absolutista de 1823, entre 1826 y 1828.<sup>1</sup>

Nacido el 17 de Noviembre de 1804 en Valencia, Vayo fue alumno de los Escolapios, y posteriormente cursó estudios de jurisprudencia, matemáticas y filosofía en la Universidad Literaria. Al parecer, la reacción del año 23 le impidió terminar la carrera, convirtiéndole en un perseguido político hasta que en 1826

---

\* Departamento de Historia Contemporánea.

1. Las primeras referencias sobre la *Academia* en Luis LAMARCA: *Carta a Don Estanislao de Cosca Vayo* (1827). Una visión actual en nuestra tesis doctoral: *El movimiento romántico en Valencia. Política e ideología (1834-1843)*.

pudo regresar a su ciudad natal. Aquel mismo año ganó el segundo premio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, que llevaba aparejado el nombramiento de socio honorario de la misma, con una memoria sobre los *Medios de contener el lujo en España*.

Poco es lo que podemos decir acerca de sus medios de vida, en gran parte a causa del pertinaz silencio que ha envuelto a su persona hasta hace bien poco. Recientemente, la profesora Gomis Martí ha tratado de explicar este extraño olvido de Vayo:

«...su figura de romántico de segunda fila no había resistido los embates de la Renaixença, del incipiente realismo, y de su misma limitación literaria... Un hombre honesto y pusilánime, que se acomoda mejor al universo Gutemberg que a los problemas de la vida, crea su obra a base de cultura –léase Ilustración, Naturaleza, Bondad y Cosmopolitismo– y afán constitucional... Aprende el romanticismo en los libros... envuelto en el olvido que este país reserva para los independientes de criterio que no se casan con poder alguno. ¡Guay de los tolerantes! Sin afanes partidistas, enemigo de Fernando VII y desengañado por quienes le suceden, sin magia ni etiqueta de *enfant terrible*, y sin la modernidad que supone el escepticismo y el desarraigo, Vayo se diluye hasta quedar hecho una simple dificultad bibliográfica».<sup>2</sup>

Sin embargo, como señala también esta autora, el conjunto de la producción de Vayo es, en realidad, «una historia del movimiento romántico español, desde su arranque neoclásico y moratiniano hasta el folletón a lo Sué». De este modo, y coincidiendo con los puntos de vista de Russell Sebold,<sup>3</sup> Gomis a destacado la evidencia de que Vayo (y no sólo él), llegó al romanticismo desde dentro, por evolución del neoclasicismo inicial y apoyándose en la lectura de algunos libros extranjeros, para concluir: «...es la prueba palpable de que existe un romanticismo autóctono en España, mejor o peor... pero autóctono, y que ese romanticismo tiene una evolución determinada que nos conduce de Moratín al primer Galdós».<sup>4</sup>

En 1826, Estanislao de Cosca Vayo sacó a la luz sus *Ensayos poéticos*, publicados por el impresor Monfort, conocido por su absolutismo. Se trataba de una obra de juventud, una colección de poemas de muy diversa índole, en cuya «Advertencia» el autor se permitía dar «lecciones» a sus colegas, algo que le valdría fuertes críticas. En ese mismo prólogo, Vayo demostraba lo cierto de la transi-

2. Maria Pilar GOMIS MARTÍ: «Edición, introducción y notas» a Estanislao de Cosca VAYO, *Los terremotos de Orihuela o Enrique y Florentina*, Sabadell, editorial Caballo-Dragón (col. «Los inencontrables», 1), 1984, pág. 8.

3. Rusell P. SEBOLD: *Trayectoria del romanticismo español. Desde la Ilustración hasta Becquer*, Barcelona, Crítica, 1983.

4. GOMIS, art. cit., pág. 8.

ción del neoclasicismo al romanticismo antes apuntada. Después de elogiar y defender a los autores antiguos y modernos, destacar la necesidad del estudio, del conocimiento de la naturaleza (elementos propios de un ilustrado), como escalones «por donde siempre se ha subido al Parnaso», señalaba que, por encima de todo ello, prevalecía «el estudio del corazón humano», y sobre todo el del propio poeta, para terminar afirmando que en sus poesías «se lee con facilidad mi corazón, puesto que no he hecho otra cosa que copiar mis sentimientos».

La «ruptura» de Vayo consistía en su audacia, inusitada en un joven de 22 años conocido por su liberalismo y en aquellas circunstancias, al apoyarse en los clásicos para afirmar contundentemente la *supremacía de su propio yo*, aunque lo hiciera en el restringido círculo de la Academia.

Al año siguiente aparecieron una comedia, *Amalia o no todas son coquetas*, publicada por Monpié y firmada con su seudónimo de Ascanio Florígero, y la citada novela *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, por el mismo impresor. En tan corto espacio de tiempo, Vayo había producido una obra notable, tanto por su cantidad como por su diversidad. En aquel oscuro panorama intelectual de la Década Ominosa, un fenómeno de estas características no podía dejar de resultar, cuando menos, chocante. Mucho más al salir, el mismo año de 1827, una segunda edición de los *Ensayos poéticos*, unida a la extraña convocatoria, por parte del autor, de un premio en metálico para quien realizase la mejor crítica de los mismos. La consecuencia inmediata de este concurso sería una agria disputa entre Vayo y otro miembro de la Academia de Apolo, el también escritor Luis Lamarca y Morata, que conduciría a la disgregación de este foco cultural.<sup>5</sup>

Independientemente de estos hechos, la publicación del *Voyleano* significó un paso decisivo para el afianzamiento del romanticismo en Valencia, y mostró un camino que la mayor parte de los compañeros de Vayo se apresuraría a seguir.

El novelista logró varias cosas con su obra. Recopiló y relanzó la mayor parte de los elementos poéticos que la generación anterior, la de Cadalso, Meléndez Valdés o Álvarez de Cienfuegos, había acuñado, acomodándolos a los nuevos tiempos y poniéndolos en relación con las corrientes europeas. Pero esto lo consiguió realizando la acrobacia literaria de aparecer como un crítico de las ideas que él mismo exponía y defendía en el fondo, salvándolas así de una segura condena.

---

5. La discusión se plasmó en una serie de epístolas, que fueron sucesivamente publicadas. Entre ellas destacan: *Carta a Don Estanislao de Cosca Vayo, con algunas observaciones sobre sus Ensayos poéticos. Va adjunta la «Epístola a Andrés», de Don Leandro Fernández de Moratín*, Valencia, Ferrer de Orga, 6-XII-1827; *Contestación a la carta sobre las poesías de Vayo, publicada el día 6 de este mes. Su autor EL BACHILLER VALENCIANO*, Valencia, Monpié, 1827 (la identificación del «Bachiller» con el poeta Juan Nicasio Gallego se debe a María Pilar Gomis); Luis LAMARCA: *Respuesta al folleto titulado «Contestación a la carta sobre las poesías de Vayo» que se publicó el día 16 de diciembre de 1827*, Valencia, Ferrer de Orga, 1828; *Segunda contestación del BACHILLER VALENCIANO a don Luis Lamarca y Morata, refun-  
tándole su respuesta publicada el día 25 de Enero de este año*, Valencia, Monpié, 1828.

En segundo lugar, se unió al intento, observable también en el López Soler de *El Europeo*, de establecer un puente entre la tradición clásica y el romanticismo.

Finalmente, Vayo escribió un relato en el que su notable calidad—especialmente en la primera parte— hace que resulte chocante su completo olvido.

La trama de la novela es sencilla. El joven Voyleano vive retirado en una casa a orillas del Júcar, atormentado por sus recuerdos. Es el momento del inicio de la guerra de la Independencia, y la llegada de un coronel español fugitivo, que huye de los franceses con su familia, turba su reposo. El protagonista les ofrece su ayuda; se enamora de la hija del coronel, con la cual, tras algunas vicisitudes, logra casarse. Aparece entonces un malvado coronel afrancesado, que provoca involuntariamente la muerte de ella. Voyleano, desesperado, se une a los guerrilleros patriotas, pero es apresado y condenado a muerte, muriendo heroicamente en Valencia.

Una lectura atenta, sin embargo, demuestra inmediatamente que no era el argumento lo que más interesaba al autor. Ya en el prólogo, Vayo reconocía que su intención no había sido tanto la de recrear un episodio de la contienda contra Napoleón (que únicamente es un telón de fondo) como la de reflexionar acerca de un fenómeno contemporáneo: la exaltación romántica que embargaba a un número cada vez mayor de jóvenes, y que ponía en relación—significativamente— con la extensión de la publicación de una célebre obra de Goethe:

«...Cualquiera, por medianos conocimientos que tenga, sabe los males que ha ocasionado a la Europa la lectura de la novela alemana *Werther*. Los suicidios han sido en grande número; se han creado con ella espíritus melancólicos e insociables, o han aparecido genios turbulentos, que dotados de una imaginación feliz, y algún talento mezclado de sensibilidad, nos han hecho conocer la *exaltación* de las pasiones, tan opuesta a la parsimonia española».<sup>6</sup>

Sostener que un libro, por notable que fuera, podía tener tan impresionantes facultades, hasta el punto de modificar sensiblemente la mentalidad y el comportamiento de la juventud europea, debía resultar excesivo hasta al propio Vayo. *Werther* fue un síntoma y un efecto, mucho más que la causa, de unos cambios más profundos que la literatura. Pero sirvió perfectamente a los propósitos del autor del *Voyleano*.

Vayo deseaba que su libro apareciese como una crítica, y también una admonición a los exaltados (liberales); solamente así tendría una esperanza de obtener la licencia para ser publicado. Idéntico propósito tenía el situar la acción en el periodo 1808-1814.

---

6. Estanislao de Cosca VAYO: *Voyleano o la exaltación de las pasiones*, Valencia, Monpié, 1827, pp. VII-XII. *Werther o las pasiones* fue publicado en Valencia por Ferrer de Orga en 1820 (*Hermann y Dorothea* había aparecido el año anterior) precedido por una «Noticia tocante al autor de *Werther*».

También en el prólogo, Vayo reconocía que su intención inicial había sido que los hechos tuvieran lugar entre 1820 y 1823, cuando «el espectador imparcial, y aún el partidario virtuoso en los momentos de crisis y reflexión, se retiraban llorando a sus gabinetes: rugía el monstruo de la discordia, y la exánime patria moribunda, volviendo sus amortiguados ojos exclamaba: todos son hijos míos».<sup>7</sup> Pero el escritor era bien consciente de que habría sido imposible llevar a término tal propósito «de modo que no se resintiesen la llagas todavía recientes, y que el más acalorado no tuviese quejas contra mí». De ahí que trasladara su «fábula moral», pretendidamente contraria a todo radicalismo, a esa época «gloriosa» y «libre de toda sospecha» que fue la guerra de la Independencia.

Redactada en primera persona y en estilo epistolar, la novela permitía a Vayo dar rienda suelta a sus personales ideas exaltadas, mientras que por medio de hábiles notas a pie de página las condenaba moralmente, salvándose de ese modo de la censura. Así, por ejemplo, cuando Voyleano, atormentado por sus recuerdos, lanza imprecaciones contra su destino el autor se apresuraba a explicar en una nota:

«...Voyleano habla solamente de los tormentos del cuerpo, y de ninguna manera de los del alma: pues, como después veremos, *nunca tuvo ideas de ateísta*, ni en los días de su corrupción. La oscuridad de este pasaje y otros semejantes me ha obligado a poner notas, para llamar de cuando en cuando la atención del lector, y *no permitir beba doctrinas perniciosas, que no he podido prescindir de poner en boca de un exaltado ...*».<sup>8</sup>

En definitiva, con notas o sin ellas, las «doctrinas perniciosas» quedaban impresas y se publicaban para convertirse en un auténtico *manifiesto romántico*.

El punto de arranque de la obra ya recogía buena parte de los elementos más sobresalientes del romanticismo. Recordando inmediatamente al «modelo» –*Werther*– expresamente admitido por Vayo, el protagonista nos es presentado viviendo en una casi absoluta soledad, «en una llanura a orillas del Júcar, cerca del Mediterráneo y de un bosque muy sombrío y respetable por estar pertrechado de lúgubres cipreses». Un criado atiende sus escasas necesidades. Voyleano pasa el tiempo meditando (como «hombre sensible») y dando largos paseos:

«...Nada hago. Un buen libro siempre me ha presentado los encantos de que es susceptible mi corazón; y en la actualidad los temo más que a mis enemigos. *No quiero dejarme arrastrar a reinos imaginarios*, para que un autor me eleve a un grado de gozo superior a mis fuerzas o me abisme en la desesperación aumentando mis desgracias. Si logro dominar sobre mí, habré conseguido el cetro que ambiciono desde niño: *si logro mandar a mis pasiones, juzgaré que he subyugado a mi obediencia al universo entero...*

7. *Voyleano*, pp. VII-XII.

8. *Voyleano*, nota 1.

...El hombre...sus procedimientos son el retrato de su alma. Procu-ro ennoblecer la mía pensando dignamente. Nosotros no somos otra cosa que lo que aprendemos a ser. Cuando recorre mi imaginación el todo que nos rodea... cuando leo en los corazones humanos las bajezas a que viven sujetos, me confundo...».

De entrada, pues, Vayo, a través de su «alter ego», nos muestra lo que es sin duda el elemento fundamental de la temática romántica: *el individuo aislado*, que se sitúa en el centro de la naturaleza, asistiendo a la dialéctica entre su razón y sus pasiones, la lucha entre cabeza y corazón.<sup>9</sup>

Sólo más adelante comienzan a aparecer datos sobre las circunstancias que envuelven y propician el alejamiento de Voyleano. Corre el año 1812, el país está prácticamente conquistado por los franceses, y el protagonista ha optado por el exilio antes que colaborar con las autoridades bonapartistas. Como un nuevo Hamlet se debate entre la inacción y el odio que siente por los invasores, dudando siempre e incapaz de tomar una decisión:

«... ¿Por qué medios, me decía a mí mismo esta mañana, me elevaré sobre los demás? ¿Deberé participar también del abatimiento que los humilla? ¡Oh soledad! ¡Engrandece mis ideas para que pueda seguir con constancia las inspiraciones del heroísmo!...  
...¡Cuanto aborrece el hombre su vida!...  
...Entonces se ofreció a mi mente la desolación en que había dejado mi patria: las iniquidades de un extranjero que la reducía a la mendicidad con su tiranía, y esclavizada bajo las órdenes de Napoleón tocaba el borde de la ignominia. No pude contener mis lágrimas...»

Se nos plantea la pregunta de si Vayo estaba hablando realmente de la invasión de 1808 o más bien de la de 1823 –que indudablemente conocía mejor–. La respuesta no puede ser rotunda, pero lo cierto es que, en el año 1827, habían sucedido demasiadas cosas como para que los jóvenes liberales españoles consideraran a Napoleón como un «tirano», sin más; sus puntos de vista respecto el Emperador estaban mucho más matizados. En cualquier caso, a ningún escritor se le habría permitido referirse a los «Cien mil hijos de San Luis» más que en términos elogiosos, así como al régimen político que su intervención armada había restaurado.

Lo importante, en lo que respecta a esta parte del argumento, es que inauguraba en Valencia otra línea temática que haría fortuna, la del *emigrado político*, obli-

---

9. En su nota sexta, Vayo diría: «Los exaltados tienen la propiedad de poseer todo el mundo en su cabeza». Russell Sebold, hablando del *Sancho Saldaña* de Espronceda, resaltaba que para ese personaje «no hay nada ni fuera ni dentro de su persona que tenga sentido» (*Trayectoria del romanticismo español*, pág. 26), para añadir más adelante que «lo esencial de la postura sentimental del romántico es este inconfundible egocentrismo de quien se halla en el eje de dos vacíos concéntricos: la propia persona y el universo» (pág. 30).

gado a un retiro especialmente amargo, y del que sólo puede escapar arriesgando la vida. Nuevamente surge el paralelismo con la situación creada en 1823; ¿rendía Vayo un soterrado homenaje a los miles de españoles huidos entonces y residentes en el extranjero? Lo cierto es que la novela resalta el hecho de que sea el encuentro del protagonista con su antiguo coronel, derrotado y fugitivo con toda su familia, lo que le hace reaccionar.<sup>10</sup> Ese contacto posibilita que el pesimismo que domina a Voyleano empiece a ser contrarrestado por otros sentimientos, llevándole hacia una cada vez más abierta rebeldía frente a la humillación y la persecución que sufre su viejo camarada de armas:

«...Mi exaltación de ideas crece de día en día, y cada instante encuentro mayor grado de sensibilidad en mí. Esclavizando los sentidos con los sentimientos vehementes que despierta en la inocente juventud, crea en nuestros corazones una enfermedad más peligrosa que la misma fiebre... ¡Concebir grandezas, y vernos cercados de humillaciones! ¡Tener ojos para alzarlos a mirar el Sol, y haber de clavarlos en el suelo!».

Frustración de la juventud, imposibilidad de alcanzar el ideal, condena a una existencia gris; Vayo, de un modo cada vez más claro, nos estaba refiriendo su propia experiencia durante la Ominosa, de igual manera que, al retratar al coronel, ofrecía un cuadro idealizado de lo que podríamos llamar «la ética del emigrado». Un personaje que lo ha perdido todo, un perseguido al que sus antiguos compañeros le han vuelto la espalda y todo ello por su amor a la patria. Pero don Alvaro —ese es su nombre—, aun cuando ha de trabajar como jornalero para dar de comer a los suyos, mantiene intactos sus principios, ante la admiración de Voyleano, que compara esa rectitud con sus propias dudas y su tormentoso pasado.<sup>11</sup> También es una ocasión propicia para que el autor plantee el contraste existente entre la altura moral del coronel y las circunstancias sociales que le rodean y que, combinadas con la crisis de 1808, lo han llevado al destierro. De este modo, Vayo

10. Especialmente demostrativa de la estética romántica resulta la escena en que Voyleano encuentra a su coronel:

«...El acalorado campo de ideas que recorría mi imaginación a la vista de los nobles objetos que acompañan el fallecimiento del día; el delicioso Héspero que comenzaba a regir en el dilatado espacio encapotado de pardas, pero risueñas sombras; y más que todo la tétrica soledad que exalta el alma a regiones no conocidas, habían hecho nacer en mí un entusiasmo novelesco, que me obligó a levantarme y arrojarme en los brazos del desconocido, que abrió los suyos para recibirme».

En la descripción de la naturaleza, todo está impregnado de las facultades propias de los sentidos del protagonista; el *sensualismo* predomina («tétrica soledad», «risueñas sombras», etc.).

11. Hablando con Voyleano don Alvaro dice: «Tú ignoras el rigor de mi destino... No son mis vicios los autores de él: son mis *virtudes civiles* incapaces de corrupción. Al *justo orgullo que inspira la nobleza en el pensar*, jamás lo sofocan las vicisitudes de la vida. Antes que ahogar mi amor propio infamando mi carácter, antes que arrancar mercedes adulando, vivo con nombre supuesto...». Frente a esta declaración, el protagonista reflexiona: «¿Será posible que el hijo de una de las primeras casas de la nación, que el valiente militar con veinte años de servicio y veinte mil cicatrices honrosas, prefiera al lujo con deshonor la última pobreza, y los trabajos de la clase más ínfima?».

enlazaba con otro de los aspectos claves de su literatura posterior, el de la *crítica costumbrista*, al señalar que tanto su amigo como su familia vivían «en un siglo de corrupción, en que el tráfico vil de los intereses absorbe las inclinaciones de los hombres, que se compran, se venden y reglan sus acciones según les prescribe el oro; en un siglo en que la ternura se tiene por ignorancia, y la estudiada intriga y la falsedad se erigen en dioses; en un siglo en que las pirámides más soberbias, los obeliscos suntuosos y los altares se elevan al vicio; en un siglo tal, encontrar una familia donde el heroísmo y la virtud se dilatan incesantemente, es tan difícil como tocar las nubes con la mano...».

Pero esta condena de su época supone en Voyleano una clara autocrítica, por cuanto reconoce inmediatamente que él mismo ha participado durante años de todo aquello que denuncia. Sólo en este momento de la narración se nos rebela uno de los motivos por los cuales vive apartado del mundo, cuando el coronel rechaza en primera instancia su ofrecimiento de ayuda, a causa de su mala reputación en la corte de Madrid antes de la guerra. Esto devuelve al protagonista a ese pasado que trataba de olvidar, apareciendo ante los lectores con una cara hasta ese instante oculta (y que no deja de ser otro de los elementos del «héroe romántico» por excelencia), la de joven «calavera», amoral y vicioso, aunque en este caso arrepentido de su comportamiento.

Voyleano explica las razones de esa –justificada– mala fama. Desde la edad de quince años se había movido entre una sociedad «elegante», llena de malos ejemplos, «placeres, desenfreno, bailes, juego, tertulias brillantes, bebida y la insaciable sed de figurar», característica del último periodo del reinado de Carlos IV. Todos ellos, narra el protagonista, «sofocaron muy pronto en mí los sentimientos sensibles, y la bondad natural... el galanteo era mi dios».

Sin llegar, por supuesto, a los límites de don Félix de Montemar en *El estudiante de Salamanca*, hay en Voyleano los suficientes elementos «satánicos», propios de un «ángel caído», como para considerarlo precursor de aquel héroe romántico por antonomasia (equiparable con ventaja, bajo nuestro punto de vista, con don Juan).

La historia de Voyleano, a pesar de su arrepentimiento posterior, distorsionaba totalmente el esquema de la moral «tradicional» (mucho más en el tétrico contexto de 1823 a 1833). Amante secreto de la hija de un noble, que estaba destinada a ser la esposa de un Grande de España, Voyleano la había dejado encinta, abandonándola a continuación tras escapar milagrosamente de las represalias del deshonrado padre. La mujer, después de dar a luz, había muerto de tristeza; al poco tiempo el hijo había fallecido también. Entonces el joven, atormentado por su conciencia, se había refugiado en su casa del Júcar.<sup>12</sup>

---

12. Sin duda para atenuar la truculencia de la narración, Vayo hacía el siguiente comentario, nuevamente dirigido a los presuntos *censores*: «Juventud, loca juventud, ¡Cuántos crímenes osas cometer inocentemente arrastrada de un loco entusiasmo! ¡Cuan precipitada corres al abismo de las pasiones!».



Sus problemas se multiplican ahora, al estar la familia del coronel al corriente de estos hechos; mucho más cuando Voyleano se enamora de la hija mayor de su amigo, puesto que el fantasma de su antigua amante no dejará de interponerse entre ambos. No obstante, logrará vencer los prejuicios del coronel y que éste acepte su ayuda, inagurando con ello un breve periodo de calma, durante el cual puede creerse reconciliado consigo mismo, mientras asiste a lo que Stendhal llamaría proceso de «cristalización amorosa».<sup>13</sup> En el fondo no es más que un compás de espera, anterior a un nuevo «estallido de las pasiones», pero que le permitía a Vayo seguir desarrollando sus puntos de vista acerca de la nueva manera de sentir.

Al igual que Werther, Voyleano reflexiona sobre sí mismo y la condición humana en general, insistiendo una y otra vez en ese afán totalizador que hemos destacado. Rindiendo incluso un tributo a Calderón, otro de los grandes mitos del romanticismo, decía:

«...parece que representemos una comedia. ¿Y que otra cosa es la vida? ¿Acaso el mundo no es un teatro, donde cada cual hace su papel? La habilidad consiste en saberlo desempeñar; en saberse acomodar a las circunstancias».

Vayo podía pretender ser portavoz de sus compañeros más jóvenes después de 1823, al preguntarse su «alter ego»:

«...¿Qué soy yo, y quienes son los seres que me rodean? ¿Quién me enteraría de los arcanos, de los ocultos secretos que yo no entiendo? *Me encuentro arrojado a un mundo, a un caos de confusión, donde se me ofrecen mil sendas, y yo no sé cuál elegir...* Yo he vivido en la corte, allí donde despliega su mágico manto el placer: he seguido mis propias sensaciones: he satisfecho el grito de mis sentidos; ¿Y he sido feliz? No: o la esperanza o el temor me han perseguido siempre».

¿Esperanza o temor de qué?, podemos preguntarnos; y la repuesta raramente es concreta y precisa en un romántico:

«... En la soledad tristes reflexiones me asaltan, y tampoco puedo alcanzar la felicidad. Al agostarse una flor por la tarde me presenta la brevedad de mis días, semejantes a una exhalación que cruza una nube... pero no es la corte, no es la soledad, es mi ignorancia la que me condena a la desdicha. *Sin estabilidad en mis ideas, incierto y oscuro vago por la región del desierto sin fijarme en punto alguno. ¿Cómo me ilustraré? Viajaré por las naciones más sabias: estudiaré el corazón humano, y escudriñaré los secretos manantiales que fermentan las pasiones, que las producen, las abortan, y abrasan con ellas el corazón*».<sup>14</sup>

13. STENDHAL: *Del amor*, Madrid, Alianza, 1965.

14. La cursiva de este párrafo y los anteriores es nuestra.

El miedo a la soledad y a la muerte podían ser compensados, pues, por el impulso hacia el conocimiento, la tendencia a un enriquecimiento de la propia existencia. Pero el ansia de saber no podía ya, a la altura de 1827, ser la misma que la de un ilustrado de la generación precedente. De nuevo el peso de las circunstancias conducía al individuo hacia la duda, la introspección, la puesta en cuarentena de la idea de que el aprendizaje y el uso de la razón pudieran llevar, por sí solos, a la conquista de la felicidad:

«... No es menester para ser feliz correr largos años, surcar los mares, traspasar los desiertos, y preguntar a la naturaleza. *En el santuario de nuestro pecho reside nuestra felicidad.* Saber gozar, gozar con moderación y conservarse, he aquí las tres columnas que sostienen el pedestal de la diosa. Las que llamamos desgracias dependen de la creación de deseos que no podemos conseguir... La carrera de los ambiciosos está sembrada de tropiezos y amarguras... El amor moderado de nosotros mismos constituye también nuestra dicha...».<sup>15</sup>

Son muchos los elementos, probablemente contradictorios, que hallamos en las divagaciones de Voyleano, aun dentro de su exacerbado individualismo; elementos que recuerdan tanto la moral de los cínicos y estoicos (que tanta fortuna tendría en las revistas literarias), como al protagonista de la novela de Thomas Moore, *El epicúreo*. Un conglomerado que, en definitiva, respondía a la finalidad moralizante (con la ambigüedad que semejante propósito encierra) que el propio autor había reconocido en su prólogo.<sup>16</sup>

La salida de Vayo ante las dudas y vacilaciones de su héroe había de ser necesariamente «positiva» (de nuevo, la voluntad de publicar decidía). Voyleano responde favorablemente ante el ejemplo de su amigo el coronel y las virtudes de su familia. De las «cenizas» a que había quedado reducido tras las pasadas experiencias, renace un nuevo protagonista que comenta exaltado el cambio en su manera de pensar y sentir:

«... Enervado con el estudio de una moral sencilla, que me enseña sin violencia a amar las virtudes domésticas y los placeres sociales,

---

15. Como para reforzar aún más lo contradictorio y caótico del pensamiento de su personaje, a las pocas líneas Vayo realizaba una encendida defensa de la *Razón*, al decir: «... El que remontado a la elevación de su ser llega a convencerse de su propia dignidad; el que se atreve a trepar al azulado espacio, y sentándose sobre una nube considera a los dotados de razón dominando las especies, los elementos, la naturaleza, ¿podrá abatirse con los reveses de la suerte? No consiste nuestra nobleza, este grado de superioridad que nos caracteriza; no consiste, digo, en las riquezas, en los honores y en la opulencia; consiste en nuestro patrimonio común, en la razón». En cierto momento, sin embargo, se preguntará angustiado: «¿Con qué mis cartas no son más que un enjambre de mentiras y contradicciones?».

16. El epicúreo de Moore terminaba arrepintiéndose de sus «errores», tomando la senda del cristianismo, como otros destacados héroes románticos, en contraste con aquellos –Montemar sería el ejemplo más señalado para el caso español– que nunca renunciaban a seguir hasta el final sus impulsos, aunque les arrastraran a la «perdición».

parece que continuamente transgrese los límites prescritos a los humanos, y que arrebatado a una región superior me absorban mil ideas no comunes.

Las trabas que me constreñían en el oscuro recinto del vicio se han roto, y saliendo a un campo libre, puedo sin testigos entregarme a mí mismo, puedo expiar con *un amor ilimitado a mis semejantes* los defectos con que he manchado mi vida anterior. *Yo venero mis errores*, si es permitido expresarme así, puesto que *ellos han despertado mi razón y encendido con mayor fuerza la antorcha de la sensibilidad*. Ser sensibles, tan sensibles como yo, es una desgracia; ¡pero es una desgracia que engendra un deleite lúgubre y tan dulce!...

Cuando corro a la cabaña del enfermo, le asisto en sus necesidades y lloro con él; cuando la primera lágrima de compasión humedece mis párpados; cuando aquel ardor se difunde por mis entrañas, a manera de un río que saliendo de madre se tiende por la campiña, pruebo una satisfacción tan hermosa, que supera las explicaciones que pudiera hacer. Será quizá el retiro la causa de mi flexibilidad y de mi ternura: así quiero creerlo: más lo cierto es que en cada hora recibe aumento...».<sup>17</sup>

Voyleano, como «ángel caído», ha purgado en la soledad sus pasadas culpas; ha reflexionado, sumergiéndose en sí mismo y en una naturaleza que ha hecho suya. Concluido el periodo de purificación, se encuentra dispuesto para volver a la acción. Y esta le vendrá dada por su compromiso con los patriotas, en contra de los invasores y sus colaboradores «afrancesados» (o lo que podría ser lo mismo, los «Cien mil» y los Voluntarios realistas).

Sin embargo, todavía falta un factor esencial para completar el cuadro: el amor de una mujer. Solamente ese sentimiento hacia Roberta, la hija del coronel, terminará de decidir a Voyleano a abandonar su aislamiento y tomar partido; una decisión que le conducirá finalmente a una muerte heroica.<sup>18</sup>

Ni que decir tiene que el amor en Voyleano es un sentimiento tempestuoso, tan fuerte como sus viejas angustias:

«... Me ardo en la abrasadora hoguera que ha encendido el tirano de las voluntades en mi pecho; y las chispas que despide este incendio atroz, atizan más y más mi sensibilidad.

El hombre desnudo de pasiones, no es hombre; es un ser inanimado, es una estatua petrificada...

17. La cursiva es nuestra.

18. Vayo expresaba contundentemente esa necesidad:

«... Este gran vacío que hay en nuestro corazón, este lugar que siempre ocupan las esperanzas, y nunca las realidades, ¿quién será capaz de llenarlo en este mundo? Sólo un amante en los momentos en que se cree correspondido del objeto de su amor es susceptible que en los transportes del cariño exclame: ¡No hay más que desear, no hay más que apetecer! ¡Es tan hermoso pensar que existe un ser humano a quien interesan nuestra existencia, nuestras acciones y hasta nuestros deseos!».

Esto no es vivir; ni sé lo que deseo, ni lo que me incomoda... La pasión que me aniquila por Roberta debe formar parte de las delicias de mi vida, o sumirme en el sepulcro...».

La segunda parte de la novela resulta mucho más convencional. Muestra la boda de Voyleano y Roberta, interrumpida violentamente por los franceses; la batalla entre estos y los guerrilleros, en que el protagonista es apresado; la muerte de Roberta y la desesperación de Voyleano al enterarse, descrita en tales términos que Vayo se creyó obligado a escribir una nota para la censura explicándola.<sup>19</sup> El héroe exclama:

«... Ya no son las Furias las que me arrebatan, son unos monstruos más carnivoros. Estoy en un lago de leones que me han hecho su presa y se recrean en desgarrarme a pausas para hacerme padecer más tiempo. El uno me arranca los ojos y me los enseña: el otro disloca mis huesos y los cambia, poniendo los del pie en la mano, y los de la mano en el pie: aquel me pasea arrastrado por una gran hoguera: y éste me deshuesa como a una res. Tan horrible pintura, que sólo mi imaginación ve, es fría, nada dice para expresar mi dolor».

Probablemente resultaría excesivo el afirmar que esta novela fué capaz de sentar escuela en el romanticismo valenciano. De hecho, ni siquiera la efímera Academia de Apolo sobrevivió un año a su publicación. Pero sí consideramos que su recuperación es necesaria (así como deseable una reedición), y por varias razones. La primera, porque era un resumen de la mayor parte de unos elementos, temáticos y formales, que no habían sido reunidos hasta entonces en una publicación autóctona. En segundo lugar, porque apareció en un momento en el que parecía que la Razón estaba totalmente sumergida, tras la reacción de 1823, y los jóvenes intelectuales de ideas liberales necesitaban imperiosamente de estímulos, por débiles que pudieran parecer entonces. El relativo éxito de Vayo impulsó a los editores valencianos a seguir publicando novelas históricas y sentimentales, dando cancha a unos escritores locales que, a partir de 1833, iban a protagonizar desde las tribunas de prensa las principales campañas de propaganda y agitación en favor de la revolución burguesa (evidentemente desde posicionamientos más o menos cercanos al radicalismo liberal).<sup>20</sup>

No se trata de exagerar, por tanto, la importancia literaria de Vayo, sólo de intentar volver la vista hacia él, situándolo en sus justas proporciones.

19. La nota decía: «Sólo un loco, o un furioso, puede pintar tan inverosímil cuadro: pero debe disimulársele al infeliz, atendida su crítica y desgraciada situación».

20. Vayo siguió escribiendo novelas a un ritmo regular. En 1836, tras la proclamación, por tercera y última vez, de la Constitución de 1812, publicó en solitario un periódico progresista, *El Diario Constitucional de Valencia*, cuya existencia fué muy breve. Para un examen pormenorizado de la trayectoria de este escritor y la de sus compañeros, remitimos de nuevo a nuestra tesis doctoral sobre el movimiento romántico valenciano durante la etapa de la revolución burguesa.